

**ESCRITORES ESPAÑOLES EXILIADOS EN FRANCIA.  
AGUSTÍN GÓMEZ-ARCOS**

**INTEGRACIÓN DE LOS AUTORES ESPAÑOLES  
EN LAS LETRAS FRANCESAS**

Ángel Berenguer  
Universidad de Alcalá

Instituto de Estudios Almerienses  
1992



## INTEGRACIÓN DE LOS AUTORES ESPAÑOLES EN LAS LETRAS FRANCESAS

Ángel Berenguer  
Universidad de Alcalá

El objetivo fundamental de mi participación en este homenaje a nuestro autor, Agustín Gómez Arcos, es dar fe de una época que me tocó vivir durante algunos años de mi vida, los transcurridos en la Francia que ya acogía al autor almeriense trasterado.

El título general de estos encuentros "Escritores españoles exiliados en Francia" muestra claramente una de las cualidades más evidentes para mí del escritor. Agustín Gómez Arcos me ha parecido siempre una persona sutil y silenciosa que, en mi experiencia, procura ofrecer la carne de su obra antes que la imagen de su propia persona. Frente a la actitud de protagonistas con cierta inclinación al desafuero, común entre otros artistas españoles afincados en París, Gómez Arcos ha preferido siempre la "postura Kundera": estar en sí mismo y su entorno íntimo, mostrarse desnudo y sangrante en la materia de su obra. Por ello, el título de estos encuentros me parece tan adecuado, tan "gomezarquiano", si ustedes me permiten el vocablo.

En esta misma línea propuse a los organizadores mi ponencia: hablar de Gómez Arcos en su espíritu, era colocarlo en el fresco vivo de su materia literaria, situarlo en un contexto desde el que ayudaría a comprender un poco más su trayectoria artística. Por otro lado, mi participación en estas jornadas, para ser homenaje amistoso, adecuado a quien está dirigido, debía ser personal, rabiosa (y casi desmedidamente) personal. Estas son las causas y propósitos de las palabras que, a continuación, ofrezco.

En septiembre de 1967 aparecí en París con el objeto de aprender. Además de maestros (los cursos de Goldmann en L'Ecole Pratique) y amigos litera-

rios (Robert Lhoro-Lionel Ray para los poetas, Fernando Arrabal, y un largo etcétera), me procuré de iniciar una carrera universitaria. Cuando empecé a enseñar en la Sorbona, quise incluir en mis programas e invitar a mis clases, a los autores más significativos de nuestra literatura que, por una u otra razón, estaban instalados en Francia. De esta manera entré en contacto con muchos de ellos y, en especial, con Gómez Arcos, a quien ya conocía desde Almería por la referencia constante de Arturo Medina y gracias a mis relaciones madrileñas con Laura Olmo y Pilar Enciso.

En mi experiencia docente y personal fui analizando los distintos estatutos de los autores exiliados en Francia, y tuve que realizar una especie de "organigrama del exilio español en Francia" que hoy quiero compartir con ustedes.

### 1. El nuevo concepto de "autores exiliados".

Lo primero que debí aceptar era que el concepto de exilio (por aquellos años finales de la década prodigiosa) difería mucho del acuñado por los críticos literarios (dentro y fuera de España) que se aferraban aún al concepto del exilio político. Había autores exiliados "históricos" que respondían totalmente a este concepto. Los casos de Alberti (entre los vivos) y Machado (cuya desaparición no había, desde luego, menguado su prestigio intelectual en París) destacaban entre los "antiguos", y los de Juan Goytisolo y Jorge Semprún, formaban parte del elenco afincado en las aulas francesas como consecuencia de la oleada social-realista. La vieja tradición del asilo político francés había llenado las estanterías de los libreros establecidos en la Rive Gauche, y desde ellas se ofrecían textos (en español y en francés) a los alumnos universitarios y de las clases terminales. Eran españoles y latinoamericanos y muchos coincidían en su exilio político *material* (es decir, consecuencia de no poder volver a su país por su actividad política) o *real* cuando se trataba de un radical desacuerdo con el sistema político imperante en su país de origen, que aunque no los excluía materialmente, sólo los toleraba circunstancialmente y, a veces, ni eso.

Poco a poco identifiqué un nuevo exilio, el de los exiliados artísticos entre los que podía existir una coincidencia de exclusión de componente político (negación de la autoridad dictatorial imperante en su país) o personales (atmósfera social y artística irrespirable y, por ello, excluyente). Estos

fueron para mí un descubrimiento de importancia, ya que a uno de ellos, Fernando Arrabal, dediqué mi tesis doctoral, defendida bajo un título especialmente pertinente en estas jornadas: *El exilio y la ceremonia*. En este trabajo expuse los fundamentos históricos de mi nueva concepción del exilio y su conciencia real desarrollada en una estética adecuada al proyecto del artista, que ya no se revelaba como una imperiosa necesidad política. Poco más tarde me aseguró en este camino la lectura de un poema en el que José Angel Valente (exiliado en Inglaterra y Suiza) denunciaba las instituciones políticas que habían perpetuado el concepto de exilio político histórico. Se trataba de "Melancolía del destierro" y apareció en su libro *Punto cero (Poesía: 1963-1971)* en 1972.

## 2. La integración de los autores en las letras francesas.

En la tradición literaria francesa, abundan los ejemplos de autores completamente integrados en la historia literaria de aquel país. Para hacer alusión a una generación especialmente rica y generosa en extranjeros integrados, permítanme citar a los autores del teatro del absurdo bautizados así por Martin Esslin: Ionesco, el rumano, Beckett, el irlandés, Adamov, el ruso y Genet, el hijo de toda la tierra afincado en las letras francesas. Este tipo de integración total se otorga en Francia a los autores "de génie" que escriben y publican en francés. Algunos son, verdaderamente, autores de "expresión francesa" y otros publican en francés aunque declaran que escriben en su propia lengua y alguien les traduce, o simplemente, publican en francés y dejan a los investigadores de su obra la angustia de la duda.

Este tipo de integración total es posible siempre en el caso de los autores exiliados artísticos, cuya integración en Francia se basa en diferencias irrenunciables con el proyecto político o social de su país de origen, España en nuestro caso. La causa de esta posibilidad de integración está, precisamente, en las diferencias radicales. Su experiencia española no les ofrece ninguna garantía de posible retorno y queman sus barcos en una playa extraña donde encuentran el aire impregnado de sus propios sentimientos y objetivos.

Para ellos, el regreso físico y permanente a España no es un objetivo ni tampoco les provoca rechazo: están en su lugar y ese lugar, poco a poco, también abarcará su presencia en España. Hay ejemplos de esta situación en el pasado más lejano e ilustre entre artistas como Falla o Picasso y, en los

años a que me refiero aquí, el caso sólo ha existido en dos españoles, entre todos los que he tenido la posibilidad de encontrar. El primero es Fernando Arrabal y el segundo Agustín Gómez Arcos. Sólo parcialmente, Carlos Semprún (y, evidentemente, su hermano Jorge a quien nunca encontré en mis años de París), quien -también como su hermano- encontró un eco no tan amplio como los dos anteriores.

En los dos casos citados hay un concepto de exilio similar, de carácter primordialmente artístico (aunque en él existen componentes políticos, sociales y personales, según he señalado más arriba), y una actitud decidida por integrarse en una cultura adquirida (la francesa) a través de la escritura y la visión artística de su objeto literario. Me consta (y así lo he demostrado en varias publicaciones) que Arrabal escribe en español y su esposa Luce traduce al francés. Gómez Arcos, según me aseguraba ya en aquellos años parisinos, abandonó su lengua literaria para expresarse en francés.

Ambos son considerados autores franceses "d'origine espagnole" y forman, naturalmente, parte de la historia literaria francesa. Resulta curioso que esta característica los aparte, con frecuencia, de los manuales de literatura española, no se sabe muy bien si por ignorancia o por despecho. El hecho de que Gómez Arcos abandonara casi completamente el teatro para dedicarse a la novela, ha pasado inadvertido a nuestros historiadores de la novela actual, como sigue ocurriendo (aunque, por suerte, cada vez menos) con Fernando Arrabal. ¿Cuál sería la característica que ambos poseen y les permite su integración en Francia? Yo creo que se trata de su carácter de exiliados artísticos. Han buscado en Francia no un refugio, sino un campo de batalla en el que han medido sus fuerzas con los mejores y han conseguido sobrevivir gracias a una obra de valor, hoy ya discutible. Se trata pues de una búsqueda artística relacionada con el medio en el que desean realizar su obra.

Desde el punto de vista formal no miran a España (ni para bien, ni para mal). No se sienten incluidos en la nómina de los autores españoles, aunque tampoco se autoexcluyen. Esta actitud suele ganarles no pocas enemistades por lo que se le supone desde aquí (arrogancia, cierto desprecio) sin tener en cuenta la extraordinaria inocencia de la decisión que sirve de base a su peripecia literaria. En algunas ocasiones se han referido al deseo de salir y de moverse por otras dimensiones. Arrabal ha evocado muchas la vocación de "escapar" que muestra Santa Teresa y la pertinencia en las "salidas" de

D. Alonso Quijano. En todas las ocasiones (también en las del propio Arrabal y Gómez Arcos) el objeto de la salida es dimensional y no circunstancial. Por ello su integración es total o los destruye inexorablemente. No existen en la dimensión española de sus obras porque no pretenden sobrevivir en ella. Podrán ser incluidos y recuperados sólo cuando nuestra literatura se descubra a sí misma en la otra dimensión, en la que ellos existen.

En realidad, se podría decir en este punto que el concepto de exilio interior que yo mismo discutía en mi tesis doctoral, y que ha dado pie al hermoso libro de Paul Ilie (*Literatura y exilio interior*) debería rebautizarse como exilio artístico: la salida del artista que busca en la dimensión de su creación su desarraigo personal. En este sentido cobra valor el carácter de homologación que se ha venido aplicando a los exiliados españoles con los judíos. Sólo algunos autores españoles aceptan esa homologación, aquellos que mantienen su identidad (presente en *María República o Inquisición*) y se expresan en el lenguaje artístico de una sociedad ajena que los acoge.

No pertenecen a la España peregrina porque su objeto no es el regreso sino su realización total, como artistas, en el nuevo marco cultural. Precisamente por ello no debaten el concepto de "España Solariega" opuesta a la "España Peregrina" sino que son españoles en otra cultura, en otra lengua. Han llegado a la integración como consecuencia de un lento proceso de "desposesión" que los llevó a lo que Ilie llama la "ruptura moral" con España, y José Bergamín el ser "extraño en ella; no a ella".

Naturalmente esta experiencia integradora tiene menos posibilidades de ser realizada por los escritores del exilio político. Aquellos que guardan relación con ser la llamada "España Solariega" por cualquier razón, personal o política. En ella siguen buscando su propia vía y su identidad cultural. Se podría decir que su genio se halla limitado por su deseo expreso de "estar" en su lengua y realizar su labor creadora en ese contexto.

### 3. Criterios para la integración.

En tercer lugar, me parece importante aclarar lo que (en aquellos años y aún hoy) me induce a considerar una posible diferenciación gradual en los distintos modos de integración que he observado entre los escritores españoles presentes en Francia. Poseen cuatro tipos de relación con las letras francesas: la integración total, ya descrita; la adaptación al medio cultural

francés, y finalmente, la presencia (o el rechazo) en la escena literaria francesa. En el primer apartado se incluyen aquellos autores que escriben o publican en francés (y eventualmente sus obras se editan en español). Son, como ya he dicho, autores franceses "d'origine espagnole", como ocurre en autores como Ionesco o Beckett. Este es el caso del novelista que aquí nos reúne.

En segundo lugar, están los autores que se *adaptan* al medio cultural francés. Escriben en español y en esta misma lengua publican (antes o después de que aparezcan sus obras "traducidas" en francés). Son autores españoles residentes en Francia, que viven el medio literario francés pero están indisolublemente unidos a su expresión española. Pueden llegar a ser autores importantes durante su época de producción, pero difícilmente consiguen figurar en las historias de la literatura, que se ocupan de una época, como franceses. El caso contrario, como hemos visto, es habitual en los autores integrados. En este apartado colocaba aquellos años a Juan Goytisolo, autor cuyo prestigio en Francia es tan indudable como su inserción en la literatura española afincada en Francia. En tercer lugar, debo referirme a los autores que tienen una presencia activa en la cultura francesa. Se trata de escritores españoles importantes, que se traducen al francés y aparecen entre aquellos que son dignos de figurar en una historia literaria universal. En esta categoría están autores reconocidos en España aunque, en ocasiones, su presencia sea menos reconocible de lo necesario en circunstancias especiales, como ocurrió el año pasado con nuestro Premio Nobel en los Estados Unidos. La última modalidad de la integración, si ustedes me lo permiten formular así, es el *rechazo*. En efecto, muchos autores españoles se vieron apartados o ignorados en Francia por diversas razones, de índole personal o social. Algunos de ellos cejaron en el empeño y otros se mantuvieron en el área de su cultura, escribiendo en español una obra que, más adelante (como es el caso de Juan Ignacio Ferreras) acabaría realizándose en España.

Por otra parte, conviene recordar que el grado de inserción en las letras francesas que desean y obtienen los autores españoles depende en buen grado del área de su producción. En efecto, es más difícil que la lengua poética se integre perfectamente en otra cultura que la narrativa o el teatro. El caso de Carlos Edmundo de Ory es ejemplar, aun a pesar de sus talleres de poesía en 1968. Es cierto, además, que si la poesía implica una evidente dificultad para la integración de un escritor, la narrativa asumida como Gómez Arcos o Kundera, entraña una verdadera y apasionante aventura:

manejar las estructuras más matizadas de una lengua ajena y asumir una historia interna de la novelística francesa que puede resultar labor ingente, casi imposible. Por su parte, el teatro requiere otras, no menos, enojosas adaptaciones a un nuevo medio que implica, además el abrumador e imprevisible sector de la producción.

Todo ello, sin duda, es poco esfuerzo, con ser mucho, para quienes como Santa Teresa salen para "buscar la gloria". En los autores que he mencionado existe, sin duda, este denominador común que los sitúa en el plano de la vocación artística. En este plano sobrepasan, como ya he dicho, las contingencias del regreso y están en él para vivir o morir en el empeño. Nada más lejos de ellos que la condición de exiliados a la que José Angel Valente dedica el poema que citaba más arriba y que aclara:

Lo peor es creer  
que se tiene razón por haberla tenido  
o esperar que la historia devane los relojes  
y nos devuelva intactos al tiempo en que quisiéramos  
que todo comenzase.

